

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

Nº 09 – 15 de abril de 2007

Los demonios de la vida conyugal

En el amor conyugal, el secreto es no luchar en contra de la edad, sino en unión con ella, tal es la regla de la sabiduría.

La infancia del amor conyugal. Al inicio es sobre todo alegría y esperanza. El amor es nuevo y está intacto. Los dos viven en estado de descubrimiento permanente.

Sin embargo, el amor no escapa a los ataques del tiempo. **Una primera crisis**, la de **la desilusión**, sacude el hogar naciente. El **demonio de la desilusión** hace que la imagen ideal que uno había construido del otro, comience a desvanecerse. Para vencer esta crisis habrán de aceptarse en sus imperfecciones. En esta época el matrimonio se constituye realmente.

La juventud del amor. Al final de la fase de adaptación, un mutuo conocimiento impide mayores roces. El amor se instala. Pero, si no se superó la crisis de la desilusión, el tiempo precipita la **segunda crisis**, la **del silencio**. Si el **demonio mudo** se apodera de los dos, caen en una especie de letargo. La pareja vive, entonces, en retroceso, sin crecer, sin un ritmo seguro, sin dinamismo. Vencer esta segunda crisis es indispensable para que sobreviva el amor.

La madurez del amor. Alrededor de los 15 años, los esposos han adquirido madurez. Con una juventud madura viven con serenidad. Son los años más hermosos de la vida conyugal. Ya no se habla de felicidad, como cuando uno es joven, simplemente se es feliz. Pero también puede producirse lo contrario, si no encontraron el camino del diálogo y de su unidad. Una **tercera crisis**, con frecuencia fatal, es la de **la indiferencia**. El amor se ha transformado en hábito, el hábito en rutina, y la rutina, por fin, en indiferencia. Se vive junto al otro, pero los corazones ya no están en contacto: el tiempo ha paralizado o incluso matado el amor. La vida en común no es más que una apariencia que se mantiene, sea por obligación ya que están los hijos, sea por conveniencia social.

Con el **demonio de la indiferencia** instalado, siempre hay lugar para un nuevo amor y, por ello, para la infidelidad y la separación.

El mediodía del amor. Entre los 45 y los 50 años, surge un nuevo peligro. En ambos es el difícil momento de los cambios físicos y psicológicos. La mujer pierde un atributo de su femineidad, la fecundidad. El hombre va perdiendo un carácter de su virilidad: el vigor sexual. Pero, antes de que se produzca ese declive, se da muchas veces una especie de vuelta a la adolescencia.

A esa crisis de la mitad de la vida se le ha dado el nombre: **el demonio del mediodía**. Si el matrimonio entra en esa etapa minado por la indiferencia y la rutina, el demonio del mediodía tiene grandes posibilidades de triunfar.

El renacimiento del amor. Si la pareja, ha sabido superar esa época turbulenta, entra en el período de una segunda madurez. Es el crepúsculo del amor, el momento en que el matrimonio disfruta de la unidad conquistada, de una armonía, profunda y de una nueva paz. Es la hora de una felicidad serena, sin choques y sin conflictos. El tiempo, que no perdona, ofrece entonces a los cónyuges la inapreciable recompensa del renacimiento del amor.

El reposo del amor. Vendrá, por último, la hora del reposo en que envejecidos en el amor ambos sólo tendrán reconocimiento el uno para el otro. Ni siquiera la dolorosa perspectiva de la muerte podrá perturbar a vejez del amor. Haberse amado hasta el final convierte la muerte en una cumbre, una victoria. Ante los hombres, como ante Dios, no existe un amor más perfecto que el de dos seres que han envejecido juntos y que se dan la mano para vencer las últimas dificultades, para gozar de las últimas claridades del día.

Preguntas para la reflexión

1. ¿Alguno de estos demonios me es conocido?
2. ¿Qué puedo hacer para enfrentarlos?
3. ¿Cómo andamos con el diálogo conyugal?

Si desea suscribirse, comentar el texto o dar su testimonio, escriba a: pn.reflexiones@gmail.com